

# Poesía, acuerdo supremo...

Sergio Solmi

Traducción: Hugo Gola

1

Poesía, acuerdo supremo de nuestro ser consigo mismo. Hacer poesía, en el fondo, quiere decir sin más reconocerse. Cuando la palabra es aceptada sin reticencia, cuando la palabra no fuerza nada y le basta con dejarse decir.

2

La poesía consiste en un acto de convicción indivisible en las palabras que se dicen. Convicción contenida y extática, cuyo acento penetra las sílabas y los colores y los hace vibrar sin alterarlos. Solamente en este calor vacío, de absoluta certeza y adecuación, las formas pueden disponerse y empezar a vivir. Una sílaba sola, la más simple y la más pobre, en esta atmósfera, es ya poética. El secreto, la dificultad del arte reside pues en el trabajo atento y sacrificado, en la total absorción del pensamiento por la materia, que se convierte así en el verdadero contenido de la obra. En cuanto a la crítica, quizás se reduzca al modo de conducirnos hasta ese punto en que podamos olvidarnos de ella.

El encanto se rompe cuando el artista se divide en su trabajo, cuando se sorprende reflejándose en las propias imágenes, escuchando la propia voz: ¿cómo se puede creer en una voz ilusoria? Orfeo distraído se da vuelta en el camino del Infierno y Eurídice desaparece.

3

La decadencia de la poesía, o mejor, del reino de la poesía, se inició el día que, con la invención de la escritura, se empezó a distinguir en el poema un alma y un cuerpo, a dividir la modalidad rítmica del verso de la respiración corpórea que le da vida, el movimiento vertiginoso – eminentemente mágico y evocativo – del recitado.

Con el tiempo el verso terminó por adquirir una existencia abstracta y, por momentos, se ha reducido a representar el diseño debilitado de una idea. En el siglo pasado se llegó a creer que bastaba la elocuencia para sostener y dar cuerpo a la poesía: el Romanticismo fue en cierto sentido, precisamente, el triunfo de la elocuencia en la lírica. El simbolismo, que se empeñó "en obtener su calidad de la música", representó otra fase de la crisis poética. Sobrepasadas las peligrosas ilusiones de la oratoria y de la melodía, la poesía moderna parece aspirar a un nuevo primitivismo; éste no excluye, sino que más bien exige una potencialidad de las disposiciones autocríticas y reflexivas para poner al desnudo, en el pensamiento poético, la parte instintiva, inmediata, aquélla que puede definirse como el "cuerpo" de la poesía.

4

De aquí la dificultad que opone a los modernos el ejercicio de la lírica, y la altura de miras propias de la poesía actual en sus formas más nobles. La invención de una trama novelesca, la creación de personajes "exteriores" hacia las que tiende la poesía contemporánea, eminentemente analítica y difusa, intenta traspasar la propia inspiración hacia un plano descriptivo y representativo que es, a menudo, un modo de sustituir el impulso inicialmente lírico por un discurso atenuado e indirecto y por tanto de menor exigencia específica. El tono narrativo reduce al mínimo, por así decir, la participación del cuerpo en el juego dialéctico de la creación. Un ejemplo sería el del narrador obsesionado por la apariencia sensible de sus personajes imaginarios, los cuales se manifiestan siempre como seres distintos de él, y en algún caso —como situación límite— existentes en la vida real. Pero el poeta es su propio personaje, constreñido siempre a identificarse consigo mismo en una mímica monstruosa, a superar sus pasiones, sus dolores, sus errores ilusorios. La nostalgia y los recuerdos, los disgustos, el amor y el horror de la vida son convocados directamente en los sobresaltos de la sangre, en el juego potencial de los músculos, en el sabor vivo y presente de la existencia. El problema de la poesía se convierte así en el problema del comportamiento interno del creador, en la fatigosa reconstrucción de una armonía inicial, casi perdida, de sus facultades primeras y primordialmente la del alma con el cuerpo. ¡Qué

ejercicio descorazonador, cuántas tensiones fallidas, cuántas correcciones, por lo menos ideales, exigen del poeta moderno un sutil tramado de sílabas! No basta que él sepa auscultar el flujo indiferenciado de su realidad más secreta, que sepa reflejar su estado de ánimo en una representación externa. El debe comportarse como modelo de sí mismo, debe hacer de todo su organismo el instrumento apto para la creación de la poesía, debe revivir al rapsoda primitivo en la quietud y el silencio de su cuarto. La resonancia pasiva de un tema musical o idelógico, la parte elocuente y literaria del oficio poético ya no le bastan a él, que casi ha dicho adiós a los encantos de la retórica y de la música, y debe decidirse a aprender de nuevo aquella danza –pero traspuesta a una existencia derivada y como larval– que acompañaba inexorablemente al canto antiguo.

5

En la poesía el cuerpo está a la vanguardia. Por esta razón el poeta actúa inerte y ciego: pero ciego como Homero, no como Tiresias. Este es el motivo por el cual la poesía no está tanto en la idea como en la palabra, y aún diría no tanto en la metáfora como en el gesto, en el modo de surgir y de volver al canto, en el timbre y en la tonalidad de una voz, y en general en los “imponderables” que están íntimamente ligados a las reacciones secretas e irreflexivas de nuestra naturaleza física. Y por ello la más estricta arquitectura del canto es construída, siempre, sobre la individualidad más accidental e irretornable.

6

Una cierta “idiotez” es igualmente necesaria al pensamiento: una lentitud inhábil, la existencia de obstáculos que el espíritu superficial resuelve y supera en un abrir y cerrar de ojos. Nuestra reflexión más verdadera nace en el momento en que se descubre la monstruosidad, la impensabilidad de “lo que es evidente”. La inteligencia, para vivir, debe forzosamente nutrirse de la estupidez: ¿qué sería una inteligencia sin alimento? Ciertos espíritus elocuentes e inexactos, implacables polemistas y sofistas, aquéllos que en una discusión tienen siempre “la última palabra”, nos ofrecen un ejemplo de este tipo de inteligencia ágil y vacua, sin alimento ni sustancia.

Nuestro pensamiento más profundo nace, a veces, súbitamente, de la pasiva quietud de nuestra vida, como el nenúfar del fango. En el burbujeo de infinitas nimiedades, en la inconsistente polvareda que llamamos "vida interior" suele haber algo así como una iluminación fugaz. Las palabras rutinarias e insulsas, las inciertas visiones corpóreas que la ola de limo traía consigo, se agrupan y organizan, toman rostro: es el misterio carnal de toda creación, la luz que asoma sobre el caos.

(1925-1930)

Del libro *Meditazioni sullo Scorpione*, Adelphi Edizioni, Milano, Terza edizione, 1985.

